

¿Nuevo ciclo político? Actores y retos

Comienza septiembre, y comienza un nuevo curso en todos los ámbitos de la sociedad, incluyendo el político. Es habitual iniciar este tiempo con un análisis de los principales asuntos que necesitan ser abordados, con algunas propuestas para enfocarlas adecuadamente y, por supuesto, con nuevos propósitos para el curso que arranca. También nosotros dedicaremos a esto las páginas de este comentario editorial. Pero, al hacerlo, debemos afrontar una observación previa: posiblemente, estas cuestiones y deseos que planteamos ahora fueron ya indicados al empezar el curso pasado (y el anterior, y el anterior...). Muy probablemente, siguen en un punto de irresolución. ¿Acaso indican un punto de irresolubilidad? De nada serviría un ejercicio bienintencionado pero ingenuo que se limite a repetir buenos deseos pero que no resultan operativos.

Algunos indicios parecen apuntar en esa dirección, como si estuviésemos sin más ante el eterno retorno de los problemas, ya habituales en el mes de septiembre de cualquier año. ¿A qué nos referimos cuando hablamos de nuevo ciclo político? ¿Viviremos, simplemente, el ya conocido ciclo de un septiembre animoso, un otoño caliente, un invierno mortecino, una primavera tensa y un verano estéril? Al mismo tiempo, otros indicios dejan entrever que quizá estemos ante un punto de inflexión. Iniciamos este curso con un nuevo jefe del Estado, un nuevo secretario general del principal partido de la oposición, un escenario económico diferente, un panorama político en cambio..., incluso con nuevos directores en tres de los principales periódicos del país. ¿Estaremos, en verdad, iniciando un nuevo ciclo político?

Hemos identificado seis cuestiones centrales que vamos a abordar en estas páginas. Las hemos formulado en términos de crisis, por utilizar una palabra (y una realidad) que lleva ya muchos años entre nosotros y que, por lo mismo, puede indicar tanto el eterno retorno de problemas recurrentes como el cambio de ciclo que inicie su solución. También hemos identificado seis actores políticos que juegan, en distinto grado, un papel en la escena del momento. Pero, antes de continuar, queremos aclarar que ni son los únicos (ni siquiera para referirnos sólo a la política) ni, sobre todo, hay una correlación unívoca entre los actores y los temas planteados.

Es decir, articulamos el editorial uniendo en cada epígrafe un partido político con un reto del curso que comienza; pero de ningún modo pensamos que ese partido sea el único que tiene ese reto o la responsabilidad de abordarlo; simplemente creemos que lo ejemplifica con más claridad. Dedicaremos más espacio a la crisis económica, para a continuación tratar de brevemente la crisis de proyecto, la crisis territorial, la crisis ciudadana, la crisis de liderazgo y la crisis institucional.

El Partido Popular y la crisis económica

Es evidente que la crisis económica ha dominado la preocupación de los ciudadanos durante los últimos años y, a su vez, también el discurso de los partidos políticos. Aunque desde hace mucho tiempo hemos venido oyendo hablar de «brotes verdes», parece que ahora sí hay indicadores económicos que apuntan a un cambio de tendencia. El último discurso del presidente del Gobierno Mariano Rajoy, inmediatamente antes de empezar sus vacaciones de verano, se encargó de subrayarlo con un tono optimista, casi cercano al triunfalismo.

El Producto Interior Bruto (PIB) ha aumentado un 0,6% en el segundo trimestre de 2014, de modo que las previsiones de crecimiento económico han sido revisadas al alza, hasta llegar al 1,5% anual; la prima de riesgo estaba situada, a principios de agosto, en los 135 puntos básicos; el desempleo ha disminuido

por décimo mes consecutivo y se sitúa en niveles más bajos que al inicio de la legislatura. Por supuesto, no todos los datos son positivos, puesto que hay en estos momentos más de 3,8 millones de personas desempleadas de larga duración sin cobertura; por otro lado, el empleo creado es no sólo estacional sino también bastante precario (en torno a un millón de empleos son sólo de una hora semanal, de modo que en realidad en el último año se han perdido 4 millones de horas de trabajo, equivalentes a más de 100.000 puestos de trabajo a jornada completa); además, el motor del crecimiento económico está en el consumo privado financiado por el endeudamiento exterior, de modo que persiste el riesgo del apalancamiento.

A pesar de la ambivalencia de los indicadores, el Partido Popular (PP) va a intentar que el debate público se centre en la situación económica, destacando al mismo tiempo la eficacia de sus decisiones previas, que ahora están dando fruto. El PP querrá ocultar que ninguna crisis puede ser indefinida y que, después de ocho años, algún síntoma de recuperación debe aparecer; tampoco querrá reconocer que la crisis ha sido tan prolongada, masiva e intensa que la recuperación necesariamente tendrá un efecto visible, por ejemplo en el empleo.

En todo caso, conviene recordar lo que ya dijo el premio Nobel de Economía, Paul Krugman, refiriéndose al papel de la economía en el juego electoral estadounidense. Las elecciones se deciden por la economía; pero no por la situación económica, sino por la tendencia de esa situación. Puede que la realidad económica sea mala, pero si está mejorando, las elecciones las ganará el partido gobernante. Quizá por eso, el diseño de la estrategia de gobierno del PP concentró las medidas económicas más impopulares y restrictivas en la primera mitad de la legislatura, dejando para los dos últimos años (que ahora comenzamos) las medidas más suaves y populares.

Por ello, y a pesar de todo lo que ha caído, no debería sorprender que el PP tenga opciones muy sólidas de renovar su victoria electoral. Ahora bien, hay que hacer al menos dos observaciones

críticas al respecto. Primero, sería un grave error centrar la estrategia en el mero cálculo electoral; eso quizá pueda hacer que se ganen las elecciones, pero sin duda agravaría muy seriamente la resolución de nuestros problemas. En segundo lugar, y enlazado con ello, nuestros dirigentes demostrarían una gran miopía si pretendiesen salir de la crisis como si fuese simplemente salir de un túnel..., sin que nada haya cambiado. Y, la verdad, en ocasiones parece que caen en ambos errores.

El PSOE y la crisis de proyecto

Tras los malos resultados en las elecciones europeas del mes de mayo, el PSOE agudizó su crisis interna. Alfredo Pérez Rubalcaba dimitió como secretario general del partido y se convocó un Congreso extraordinario para finales del mes de julio, en el que se eligió a Pedro Sánchez como nuevo secretario general. Hombre joven de 42 años, con escaso recorrido dentro del partido, diputado por Madrid, doctor en Economía y profesor universitario, el nuevo líder del PSOE tiene ante sí un reto descomunal: relanzar a su partido como una alternativa real de gobierno, que sea fiel a su tradición política, que responda de manera creíble a la gravedad de la crisis y al contexto globalizado. Como declaró el propio Sánchez a principios de agosto, quiere «un partido de izquierdas que atraiga a la gente de centro». Un desafío complicado, si no contradictorio. Además, en una coyuntura política, económica y social que no le es muy favorable.

Así las cosas, da la impresión de que el PSOE ha optado por una cara joven y nueva, no «quemada» por el desgaste o el descrédito generalizado que sufre la clase política. No sólo la elección del secretario general, sino de todo el nuevo Consejo Federal, dio la impresión de estar más guiada por criterios de imagen que por una auténtica renovación y debate de ideas. Es cierto que el PSOE había realizado su gran apuesta por la deliberación colectiva en la Conferencia Política celebrada en el mes de noviembre de 2013, recogiendo un trabajo de siete meses y de la que salió un

apretado documento de 384 páginas, pero también es cierto que seguimos sin ver claro hacia dónde se dirige o quiere dirigirse el partido. La crisis de proyecto político (objetivos, medios, procedimientos, sujeto) es evidente. Y lo que se dice del PSOE, como en el resto de los epígrafes de este comentario editorial, afecta en muy buena medida a los demás actores políticos.

Los nacionalistas (CiU y PNV) y la crisis territorial

Una de las cuestiones más importantes de la agenda política de este curso es la consulta catalana, prevista en principio para el 9 de noviembre. Se trata de un asunto de la máxima importancia, no sólo por el vital papel que Cataluña juega en la política y en la economía españolas, sino por el grave deterioro de las relaciones entre los presidentes del Gobierno español y de la Generalitat catalana. El encuentro entre Mariano Rajoy y Artur Mas, a finales de julio, es sólo un tibio inicio de diálogo que, más que tranquilizar, constata la gravedad de la situación, puesto que indica que los cauces de comunicación institucional no son fluidos. Si a ello se añade la abierta confesión de fraude fiscal por parte de Jordi Pujol, que fuera presidente de la Generalitat durante décadas, en un llamativo caso de corrupción (blanqueo de capital, facturas falsas, comisiones ilegales...), la situación no hace sino complicarse aún más.

Aunque determinados analistas y otras voces interesadas están utilizando este «caso Pujol» para desacreditar el nacionalismo, especialmente en su versión más secesionista, nos parece que no es éste el centro de la cuestión. Desde nuestro punto de vista, tres son los asuntos nucleares que deben centrar nuestra atención y preocupación. Primero, la vergonzosa corrupción, que en ocasiones parece llegar a niveles generalizados; el clientelismo no tiene relación con el nacionalismo sino que está presente en todo el arco político (y que se agrava cuando el poder se hace absoluto y se extiende en el tiempo). Segundo, la evidente insatisfacción que genera nuestro actual modelo

territorial; al menos desde las guerras carlistas, se trata de una cuestión pendiente en nuestro modelo de Estado, incapaz de conjugar adecuadamente unidad y diversidad; aunque la Constitución de 1978 alcanzó un consenso razonable que ha proporcionado suficiente estabilidad en estas décadas, parece claro que ha llegado el momento de modificar este sistema; tarea que debe hacerse con prudencia y mucho tacto, para mejorar y no empeorar lo ya logrado. Tercero, el vínculo existente entre el modelo territorial y el modelo de financiación del mismo; más allá de los juegos de cifras y de los malentendidos interesados, el hecho es que la existencia de un sistema fiscal propio para el País Vasco y Navarra acaba siendo un factor de inestabilidad, que acaba distorsionando el conjunto, muchas veces percibido como un agravio comparativo que necesita ser compensado por otras vías.

Izquierda Unida y la crisis ciudadana

Cuando Izquierda Unida (IU) hizo su aparición en el mapa político español, en la década de los años 1980, lo hizo vinculada al movimiento ciudadano que se había articulado en torno a la oposición a la OTAN. Muchos esfuerzos se hicieron entonces, y en los años posteriores, para que IU fuese algo más que la marca electoral del Partido Comunista, y que fuese en realidad una coalición amplia que respondiese a la pluralidad de la izquierda. A lo largo de estas décadas, ahí ha estado una de las tensiones internas de esta formación política, que ha pretendido ofrecer un cauce de participación ciudadana en el marco de la dinámica de los partidos.

Con el paso del tiempo, las sucesivas crisis internas han mostrado que no se trata de una tensión fácil ni bien resuelta. En estos momentos, la irrupción de Podemos en las elecciones al Parlamento Europeo puede leerse, entre otras cosas, como una muestra de la incapacidad de IU para canalizar el descontento social. Y esto, para la formación de izquierdas, es particularmente

grave. Porque, por un lado, responde a una seña de identidad muy básica en la coalición, la de la movilización ciudadana; y, por otro, ocurre en un momento histórico muy favorable en el que confluyen elementos objetivos (una crisis galopante, con un desempleo desorbitante) con otros subjetivos (una movilización social sin precedentes, plasmada en los «indignados» del 15-M). El hecho de que IU no haya sido capaz de encauzar este descontento social significa que es vista como una pieza más del sistema (algunos casos de corrupción y falta de transparencia, o la participación en las cajas de ahorro, o en las tramas en torno a la Formación Profesional son sólo algunos casos significativos). Y, en realidad, el caso de IU es una muestra de un fenómeno más amplio y más grave: la tremenda escisión entre la clase política y la ciudadanía, que amenaza con socavar la democracia..., o que pide renovarla con vigor y creatividad.

UPyD y la crisis de liderazgo

Desde que desapareció la Unión de Centro Democrático (UCD), el intento más serio y sostenido de ocupar el centro político y de convertirse en un partido bisagra ha sido el de Unión Progreso y Democracia (UPyD). A pesar de las dificultades de un sistema electoral que refuerza el bipartidismo, en estos años ha logrado hacerse un hueco en el escenario político español. Nació y sigue siendo, en buena parte, como «el partido de Rosa Díez». Es cierto que ha ido creciendo en implantación y militancia, y que ha conseguido incorporar a un buen número de intelectuales y cuadros técnicos, pero UPyD sigue siendo un partido muy marcado por su líder indiscutible. Ahí está buena parte de su fuerza y, al mismo tiempo, de su debilidad.

Un buen líder debe combinar varios rasgos igualmente importantes: visión de futuro, capacidad de gestión, habilidad para aglutinar equipos, credibilidad personal (o, como diría Javier Gomá, ejemplaridad pública), destrezas comunicativas, etcétera. No se trata ahora de sopesar si Rosa Díez o cualquier otro líder

político tienen o dejan de tener estas cualidades personales, sino de constatar que la política española tiene un serio déficit de liderazgo. La crisis que vivimos es de una envergadura mayúscula, pero tenemos unos líderes incapaces de dirigir al país con credibilidad en la dirección adecuada. Los llamados «estadistas» brillan por su ausencia. Y este es un rasgo más que explica nuestra crisis y un factor adicional que la agudiza.

Podemos y la crisis institucional

La última encuesta del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), publicada a principios del mes de agosto, parece confirmar que la irrupción de Podemos en el escenario político no es algo efímero y limitado a la sorpresa de las elecciones europeas. Podemos se ha situado como segunda fuerza política en intención directa de voto (y primera en todos los tramos de edad, excepto entre los mayores de 55 años) y como tercera opción en conjunto, situándose en torno al 15% de la población. El análisis de los datos indica que estamos ante una fuerza muy transversal, presente en todos los sectores sociales, atravesando clase, género, zona geográfica, nivel de estudios, etcétera. Es un partido nítidamente de izquierdas, pero que recoge votos de antiguos electores de todos los otros partidos, incluyendo el PP. Además de una notoria presencia en las redes sociales, mayor que la de los partidos tradicionales, Podemos ha logrado en apenas unos meses más de 45.000 afiliados, cifra superior a la de IU, UPyD o los partidos nacionalistas. Aunque sea un fenómeno muy distinto, hay que notar también el significativo ascenso de Ciudadanos, pues también responde a un nuevo modo de entender y practicar la política.

En este curso político vamos a tener un evidente test de realidad en las elecciones municipales. Algunos analistas insisten en señalar que Podemos se hundirá de manera tan rápida como ha surgido y que, en realidad, las próximas elecciones acabarán reforzando el bipartidismo. Está por ver, pero nos parece una

afirmación muy discutible: creemos, más bien, que diversos indicadores señalan que esta formación no sólo ha cambiado el panorama político del momento, sino que tiene ya visos de permanencia. Como decimos, las elecciones municipales serán un banco de pruebas para saber cuál es el alcance real de esta iniciativa y, aunque la realidad local es muy variada, es probable que nos encontremos con un llamativo vuelco electoral. Serán muy relevantes los resultados de la plataforma Guanyem Barcelona, que se va replicando en Madrid y otras ciudades, de la mano de un activo y creativo municipalismo de base. Si obtienen buenos resultados, en un panorama político muy fragmentado, podemos estar ante un muy significativo vuelco. No sería la primera vez que unas elecciones municipales marcan un nuevo rumbo en la política española (recuérdese, por ejemplo, las elecciones de 1931 y las de 1979).

En este contexto, la anunciada reforma electoral que impulsa el PP para que sea elegido alcalde quien obtenga más votos en las elecciones nos parece una medida muy discutible e incluso interesada que, más que profundizar en la democracia, puede hacer incluso más daño a la misma. ¿Por qué ahora, se preguntará la ciudadanía? ¿Y por qué sólo esta medida, sin estar vinculada a otras que también se dan en el modelo anglosajón: listas abiertas, limitado poder de los partidos, financiación más transparente, circunscripción cercana al ciudadano...? Si el partido en el gobierno, obviamente el más favorecido por este cambio normativo, impulsa la reforma de manera unilateral y amparado por su mayoría absoluta, se puede agravar aún más la crisis institucional que vivimos, de la que Podemos es una expresión muy visible.

Conclusión

Llevamos años viviendo y hablando de la crisis, en sus distintas facetas. También de la indignación que esta crisis ha provocado. Varias veces hemos señalado, también en estas

páginas, que es muy importante encontrar vías para encauzar institucionalmente ese sentimiento de indignación y la asociada movilización ciudadana. Pasan los años y no parece que los actores protagonistas ni las principales instituciones estén siendo capaces de responder adecuadamente al reto que tienen delante. ¿Estaremos, sin más dando vueltas como una noria a un nuevo curso político? ¿O se abre ante nosotros un verdadero ciclo político nuevo? Estaremos atentos a los próximos meses. ■